

# UNA MANZANITA DURA DE PELAR

## Fredric Brown

La familia Appel se mudó a nuestra parte del condado cuando John Appel tenía sólo diez u once años. Era el único muchacho.

No se daba con frecuencia el que aparecieran nuevos compañeros y, naturalmente, algunos de nosotros tuvimos un considerable interés en descubrir si podíamos vencerle. Le gustaba la pelea, descubrimos, y luchaba bien.

Siendo John Appel su nombre, le pusimos al principio el apodo de Johnathan Apple. Por alguna razón oculta, ello le hacía enfurecer por lo que no era difícil conseguir pelear con él. Luchaba con una frialdad poco usual en un muchacho. Nunca parecía enfurecerse, como el resto de nosotros.

Era pequeño para su edad, pero macizo y musculoso. Pronto nos dimos cuenta de que vencía a cualquier muchacho de su propia estatura. E incluso a la mayor parte de los de más talla. Me venció dos veces, y tres o cuatro a Les Willis.

Les Willis, mi mejor amigo, era un poco lento de comprensión. Necesitaba ser vencido todas esas veces para llegar a comprender que el hijo de los Appel era demasiado para él.

Fue uno de los mayores, un muchacho que nos llevaba algunos cursos, quien le llamó por primera vez «manzanita dura de pelar». Este apodo le gustó a Appel, y acostumbraba a fanfarronear de ello. Naturalmente, nadie volvió a llamarle así por mucho tiempo, ya que resultaba demasiado largo.

El primer incidente tuvo lugar cuando sólo había pasado una semana desde su llegada. Fue vencido por Nick Burton; Nick sólo era unos meses mayor que Appel pero estaba muy alto para su edad. Appel luchó como un demonio, pero no pudo con Nick. Al finalizar la pelea, se levantó y le quitamos el polvo de encima, acercándose él después a Nick para estrecharle la mano. Ese apretón de manos después de una lucha era nuevo para nosotros; lo normal en nosotros era que continuásemos enfurruñados durante unas horas y que luego intentásemos olvidarlo.

Fue al día siguiente cuando Nick se sentó sobre un clavo y tuvo que ser llevado a su casa. Estuvo en cama tres días, cojeando luego durante una temporada. Alguien había introducido un afilado y largo clavo atravesando el fondo de su silla de forma que sobresaliera de la misma casi unos cuatro centímetros.

Nosotros acostumbrábamos a gastar bromas como ésta con tachuelas, pero eso era distinto. Ya no era una broma. Resultaba obvio que había sido colocado premeditadamente con intención de hacer daño, consiguiéndolo. Casi llegó a efectuarse un verdadero interrogatorio para aclarar el asunto, pero nadie consiguió saber jamás quién lo había hecho. Es de suponer que alguien había hecho, durante la noche, una escapada hasta la escuela. Lo primero que hizo Nick aquella mañana fue sentarse sobre el clavo en cuanto sonó la campana.

Aquellos de nosotros que sabíamos de la lucha que había tenido lugar entre Nick y Appel tuvimos algunas sospechas, pero eso fue todo. Parecía imposible que un muchacho pudiera llevar a cabo una acción tan cruel como aquélla.

Luego, aquel sucio dibujo en la pizarra. No la clásica caricatura cómica del profesor que dibujan los muchachos, sino algo verdaderamente soez. Bajo el mismo no se leía ninguna firma, pero había sido hecho con tiza de color amarillo, y Les Willis era el único de la clase que poseía tiza amarilla. Al final, la profesora creyó en las protestas de Les, o por lo menos así lo dijo.

Sin embargo, Les suspendió los exámenes aquel año, lo que le colocó un curso por debajo del resto de nosotros. Había estado en las fronteras del suspenso anteriormente; pero hubiese aprobado de no ser por eso. Lo del dibujo en la pizarra tuvo lugar un par de días después de que Les aventajara a Appel en las pruebas para pitcher del equipo de pelota base de nuestra clase. Appel tuvo que jugar en la segunda base, pero luego consiguió el puesto de pitcher ya que Les continuó en el mismo curso cuando nosotros ya habíamos pasado al siguiente.

También tuvo lugar otro suceso. Nunca le habían gustado los perros a Appel, y lo mismo les sucedía a los perros con él. Era por los tiempos en que Bud Sperry tenía un pequeño fox terrier, Sport, el cual mordió a Appel en una pierna. Dos semanas más tarde moría Sport. Murió en una de las formas más dolorosas de las que un perro puede morir. Alguien habla mezclado con su comida, no veneno, sino una esponja fuertemente apretada y cubierta con grasa para que el perro la tragase con rapidez. Esa esponja se había hinchado en el interior del perro. El tío de Bud Sperry era veterinario y al empezar la agonía de Sport, Bud lo llevó a su tío. Éste anestesió al chucho y tuvo la idea de operarlo, hallando la esponja.

Bud Sperry hubiese matado a cualquiera que hubiese dado a comer la esponja a Sport, de haber sabido con certeza quién era el autor del hecho. Pero tampoco se descubrió ninguna prueba. Ni entonces, ni más tarde.

Creo que hubiera sido una suerte que entonces Bud Sperry hubiese matado a Appel, tanto con pruebas como sin ellas. Y resulta espantoso que eso tenga que decirlo un sheriff. Pero es que después de eso tuvieron lugar otros acontecimientos, y no siempre con perros.

Appel era un guapo muchacho cuando se graduó en la Universidad. Continuaba siendo bajo, pero se le veía macizo. A pesar de su estatura, resultaba un buen jugador de fútbol, tenía el cabello rizado, y las chicas se volvían locas por él.

Les Willis dejó la escuela al segundo año y empezó a ayudar a su familia en los trabajos de la granja, situada en las afueras de la ciudad. La casa de los Appel estaba precisamente junto a la carretera. Por aquel entonces, John Appel se ocupaba en vivir con los suyos y en mirar a su alrededor. Parecía, por su forma de actuar, que en la ciudad no hubiera nada lo suficientemente importante para que él lo tomara en consideración, o por lo menos eso daba a entender.

Yo me ocupaba entonces de llevar mensajes para la oficina del sheriff, como una especie de ayudante con la promesa de conseguir definitivamente el cargo cuando tuviera «un par de años más y unos cuantos pajaritos menos en la cabeza».

Todos nosotros rasábamos por entonces los dieciocho. Les Willis y John Appel estaban enamorados de Lucinda Howard. Al principio parecía como si ella prefiriese a Les, aunque nunca llegaría tan lejos como para asegurar que hubiera estado nunca verdaderamente enamorada de él. Pero Les estaba loco por Lucinda. Era una cosa seria la que Les sentía; la clase de amor que sólo se

siente una vez durante la vida y en personas tan limpias e idealistas como podía serlo Les de muchacho. Les era el mejor amigo que yo he tenido, y era el compañero ideal. Pero no tenía éxito. Su pelo no era rizado ni jugaba al fútbol, y trabajaba lo suficiente como para no tener demasiado tiempo para invitarla.

Además, después del accidente en el pie, cojeaba. Lo que significaba que no podía bailar, y Lucinda se volvía loca por el baile. Appel empezó a salir con ella y se le presentó un campo mucho más libre. Lucinda cayó en sus brazos. El pie de Les... bueno, pudo ser un accidente. Tenía la costumbre de darse un chapuzón matinal en agua fresca, en un arroyo situado a una media milla detrás de la granja de los Willis. Siempre pasaba descalzo por el mismo sendero, tanto a la ida como a la vuelta y vestido sólo con su traje de baño. Una de las mañanas tropezó con una trampa colocada en el centro del sendero. Una pequeña trampa, pero descalzo como estaba, le costó un par de dedos y le tuvo inmovilizado durante un tiempo. Fue durante ese tiempo cuando John Appel logró más progresos con Lucinda.

Lucinda se enamoró perdidamente de él. Tengo la certeza de que creía estar prometida a él a pesar de que el noviazgo nunca se anunció.

De pronto, ya no se volvió a ver más por allí a John Appel, y supimos que había tomado un tren nocturno sacando billete hasta Chicago, llevándose consigo todas sus ropas y demás pertenencias. Todo, menos Lucinda; ni siquiera se había despedido de ella. Ni tampoco había dejado su dirección, ni siquiera a su familia. Sin embargo, esto no lo supimos hasta más tarde.

No causó demasiada sensación. Nadie pensó demasiado en ello sino para preguntarse quizás si Lucinda decía la verdad. Ella aseguraba, con la cabeza alta y el mentón erguido, que habla recibido carta de él contándole que había conseguido un empleo tan bueno que no quería dejarlo. Pero el padre de Sperry era entonces el cartero y no recordaba que Lucinda Howard hubiese recibido ninguna carta de Chicago. Y él lo hubiera sabido.

Una semana más tarde encontraron el cuerpo de Lucinda Howard flotando en el río. Sí, esperaba un bebé. No había dejado ninguna nota acusadora. Continuaba sin haber pruebas contra Appel.

A Les le sentó pésimamente. Pareció derrumbarse interiormente. Acababa de volver del hospital, pues se le habla propagado la infección después de haberle sido amputados los dedos del pie y cuando casi habían cicatrizado sus heridas. Habría esperado durante un tiempo prudencial a que Lucinda se olvidase de John y poder rondarla de nuevo, antes de decidirse a llamarla. Sí, Les hubiera deseado casarse con ella a pesar de todo lo ocurrido. Era de esa clase de muchachos. Y Lucinda era para él el mundo entero, y ahora ya no había mundo. Si sus creencias no hubieran sido tan firmes, es seguro que habría seguido los pasos de Lucinda.

Después de eso, ya nadie en la ciudad volvió a oír de John Appel durante mucho tiempo. En efecto, durante doce años. Entonces yo ocupaba ya el cargo de sheriff; a los treinta años era el sheriff más joven del Estado. Un par de policías vinieron desde Chicago, siguiendo el rastro de un estafador que había pasado por nuestra ciudad llevándosele al viejo Angstrom, nuestro joyero, algunos anillos.

- ¿Tenéis noticias de un tipo llamado Appel, John Appel? Se trata de un muchacho de la localidad que alzó el vuelo hacia vuestra tierra. Me pregunto si hizo carrera en la gran ciudad - les pregunté.

Uno de ellos lanzó un silbido y echó su sombrero hacia atrás.

- No me digas que Appel procede de este rincón perdido en el mapa.  
- He estado leyendo regularmente las circulares - le contesté -, y nunca he podido ver ni su nombre ni su jeta en ellas. Cuéntame qué es de él.  
- Tiene a su cargo la parte norte de Chicago. Si es que se trata del mismo Appel. ¿Bajo, robusto, y más o menos de tu edad?

Asenti.

El policía de Chicago sonrió.

- Le llaman la «manzanita dura de pelar».  
- Harry Weston fue quien le puso este apodo - le expliqué -. Hace ya veinte años. Le gustaba, y reconozco que le sentaba bien. Acostumbraba a pavonearse del mismo.

Los ojos del policía de Chicago me miraron penetrantes.

- ¿No habrá por aquí ninguna acusación contra él que nosotros podamos emplear, verdad? Por Dios, si existiera...

Denegué lentamente con un movimiento de cabeza.

Suspiró.

- Era mucho esperar. Mira, no hay ni una sola prueba contra él en los archivos. Mientras haya alguien que no le caiga en gracia o que se le cruce en el camino, algo le ocurre a esta persona, y eso es todo. Y algo no muy agradable. La mayor parte ni siquiera mueren en la cama, si es que comprendes a lo que me refiero.

- Es él - dije con seguridad.

- Es demasiado inteligente. Incluso su hoja de impuestos es intachable. O lo bastante intachable para que no se le pueda acusar de nada. Es un verdadero hombre de negocios. ¡Dirige una cadena de lavanderías! - dijo con un resuello.

- Oficialmente - dije -. Pero, ¿de qué se ocupa en realidad?

No resultaba agradable mirar la cara de aquel hombre. Incluso en Chicago quedan policías íntegros.

- Cuando a alguien se le ocurre algún asunto más repugnante que el de repartir drogas entre escolares - dijo -, es seguro que John Appel le respalda. Pero si aparecen complicaciones, son ellos los que cargan con el muerto, jamás él.

- ¿Es ésta su principal actividad?

- No puedo probarlo, pero juraría que estaba mezclado en el asunto.

Los policías de Chicago abandonaron la ciudad más o menos al cabo de una hora. No le conté nada de esto a Les para no abrirle su antigua herida.

Sin embargo, pensé que, dentro de todo, aún había estado de suerte Lucinda Howard, pues Appel hubiera podido llevársela con él.

En cierto modo, Les Willis había conseguido reunir todos los pedazos de su destrozado corazón. Durante un par de años no se pudo contar con él para nada, pero cuando su padre enfermó y tuvo que cargar con la responsabilidad de llevar la granja, trabajando en ella como lo hubiera hecho un caballo de tiro, pareció mejorar.

Daba la impresión de encontrarse perfectamente, actuando y pensando con normalidad excepto un pequeño vacío en alguna parte de su cerebro, como si hubiese levantado un grueso muro para cerrar una de las esquinas. Su amor por Lucinda Howard continuaba allí, en aquella esquina tapiada.

Creo que Mary Burton comprendió mejor que ninguno entre nosotros esta faceta suya. Mary era la hermana de Nick Burton, y siempre había estado enamorada de Les, desde los tiempos del colegio, pero sin dejarlo entrever.

Se había citado con ella unas cuantas veces cuando Lucinda le volvió la espalda, mas nunca había llegado a tomarla en serio.

Pero una vez muertos sus padres, creo que debió ser la soledad lo que le hizo volver a ella. Al principio como amigo; pero Mary era inteligente y supo comprenderlo.

Durante un par de años fue para él solamente una buena amiga. Luego Les descubrió que era algo más que eso para él, y se casaron. Él tenía entonces veinticinco años y hacía seis que había muerto Lucinda. Mary tenía veintidós.

Después de la luna de miel, Les arregló la casa de forma que nadie hubiera dicho que se trataba del mismo lugar, y en seguida comenzó a pintar una habitación de azul claro para convertirla en cuarto para los niños. Tuvieron mellizos antes de cumplirse el año de casados. Un niño y una niña, Dottie y Bill. Para Mary y Les el sol se levantó con esos pequeños.

Pasaron los años y los mellizos empezaron a ir al colegio, y luego a la escuela de segunda enseñanza. Ya nadie se acordaba apenas de John Appel en el pueblo, excepto cuando murieron sus padres, casi al mismo tiempo, y el abogado local publicó un aviso dirigido a él en los diarios de Chicago.

Entonces llegó de allí otro abogado con poderes para recibir la granja legada en testamento. No se puso en venta ni tampoco fue ocupada. Un cheque para pagar los impuestos llegaba regularmente cada año mientras los campos permanecían sin cultivar y el jardín se cubría de maleza. El arado y la trilla se enmohecieron en el interior de un carcomido granero.

De cuando en cuando llegaban a nuestros oídos algunas noticias de Chicago. Appel se había metido en algún que otro enredo. Luego corrieron rumores de que pretendía dedicarse a la política; otros aseguraban que había concentrado sus intereses en el juego a la vez que extendía su zona de actividad.

Y de pronto, sin previo aviso, se presentó John Appel. Bajó del tren de la tarde, solo, como si volviera de un viaje de fin de semana. Hacía veinte años que se habla marchado.

Se acercó hacia donde yo me encontraba charlando con el jefe de estación y me dijo sin circunloquios:

- Hola, Barney.

Seguía teniendo el mismo cabello rizado y rubio de antes, y apenas parecía algo mayor que cuando le había visto por última vez. Se le notaba más pesado, pero no se podía decir que tuviera barriga. Su piel estaba bronceada, y parecía un atleta.

Entonces se fijó en mi estrella y sonrió.

- Me alegro de que te hayan ido bien las cosas - dijo. Vestía un traje que por lo menos debió costarle doscientos dólares y lucía un brillante de unos tres quilates en la mano izquierda.

- ¿Volviendo para exhibirte ante tus paisanos? - le pregunté como por casualidad -. ¿O escondiéndote de alguien?

- Tú lo has dicho.

- ¿Por mucho tiempo? - pregunté -. Si quieres, puedes considerar la pregunta como oficial.

Pero no necesité su respuesta ya que pude ver cómo los mozos descargaban varios baúles del vagón para equipaje, y Appel era el único pasajero que se había apeado allí.

Extrajo de su bolsillo una pitillera de platino. Yo rehusé y él encendió un cigarrillo para sí. Lanzó una gran bocanada de humo por la nariz antes de contestar, si es que puede llamarse contestación a ello.

- ¿Acostumbras a dar siempre una bienvenida tan entusiasta a todo el mundo? No me digas que has estado escuchando chismes sobre mí - dijo.

- No te queremos por aquí - fue mi respuesta.

Sonrió de nuevo, y esta vez pareció verdaderamente divertido.

- No me digas que eso es oficial, Barney. Y si lo es, siento curiosidad por conocer de qué se me acusa.

Volvióse sin más despedida, antes de que yo pudiera replicar. Lo que no me fue mal del todo ya que tampoco hubiera encontrado respuesta. Se trataba de un propietario local, y no existía ninguna razón para que yo tomase cartas oficiales en el asunto. Nosotros no teníamos ninguna acusación acompañada de pruebas contra él; y probablemente tampoco la encontraríamos en Chicago ni en ningún otro lado. Pero quise que supiera qué terreno pisaba conmigo, y no me arrepentía de ello.

Oí pasos en la plataforma de madera del otro lado de la estación, y mi corazón disminuyó de ritmo por unos instantes. Pues aquellos pasos eran los de una persona que cojeaba; eran los de Les Willis.

Por un momento supuse que él se había enterado de la presencia de Appel y que ésta era la razón de que se acercase. Pero luego pude darme cuenta de que su mirada era tranquila y comprendí que había venido a la estación por cualquier otro motivo.

- Tómatelo con calma - le espeté, a la vez que le colocaba una mano sobre su brazo. Me miró asombrado, pero antes de que pudiera darle ninguna explicación giró sobre sí mismo echando una ojeada arriba y abajo del andén, como si hubiera adivinado lo que iba a decirle. Vio a John Appel.

Le apreté el brazo y noté cómo temblaba. No quise mirarle la cara; pensé que era mejor no hacerlo en aquel momento. Aquel temblor no era debido al miedo.

Le hablé tranquilizador:

- Tómatelo con calma, Les. Sé lo que sientes, pero no podemos hacer nada. Nada en absoluto. No existe el más leve rastro de pruebas contra él.

No me contestó. No sé siquiera si me oyó.

- Vete a casa, Les. Apártate de él. No se quedará mucho tiempo. Aléjate de él. ¡Piensa en Dottie y en Bill! ¡Ahora es un asesino, Les!

Creo que fue el recuerdo de los mellizos lo que le hizo reaccionar.

- Era ya un asesino cuando muchacho, Barney - me contestó.

Sé a qué se refería Les. Incluso para mí, todo lo que nos había sucedido hacía ya veinte años era más grave que los asesinatos que, sin lugar a dudas, Appel había cometido desde entonces. Probablemente porque eran cosas que habíamos vivido. Eran cosas ocurridas a personas que conocíamos y estimábamos. No se trataba de represalias entre gangsters.

Oí cómo Appel se acercaba. Por la expresión de Les también hubiese podido deducirlo.

- Les, por el amor de Dios, vete... - sólo pude exclamar.

- Me encuentro perfectamente, Barney. No te preocupes - me contestó con lentitud. Su voz parecía tan calmada que incluso retiré la mano de su brazo.

- ¡Pero si es Willis! Estás más viejo, Les. Caray, pareces veinte años mayor que Barney. ¿Disgustos? - dijo Appel con voz aterciopelada.

Les Willis demostró mejor sentido del que yo hubiera podido suponer. No contestó, sino que dándole la espalda se marchó.

La cara de Appel se ensombreció ante aquella actitud. Creo que si Les hubiera enloquecido y le hubiera insultado, eso le hubiera divertido, pero el hecho de no dirigirle la palabra pareció impresionarle a pesar de su máscara de hombre duro. En voz alta, lo suficientemente para que le oyera Les, dijo:

- Barney, no existe gratitud en el mundo. Me voy dejándole el campo libre con aquella pequeña vagabunda de la que estaba enamorado... ¿Cuál era su nombre? Lucinda nosequé, y ahora él...

Pensándolo luego con calma, creo que Appel nunca debió de enterarse de lo que había ocurrido con Lucinda Howard. Sólo intentaba provocar a Les. De lo contrario, habría estado preparado para lo que ocurrió seguidamente.

Les estaba sólo a unos pasos de mí y, volviéndose bruscamente de un salto, pasó por mi lado tan repentinamente que me fue imposible detenerle. Su puño cayó como una maza sobre la boca de Appel, yendo éste a parar al suelo, impulsado por la fuerza del golpe, pero sin llegar a quedarse sin sentido.

Comenzó a levantarse lentamente. Les, con la cara contraída por la cólera y los puños apretados permanecía a mi lado. Me coloqué entre los dos.

- Les - le dije con aspereza mientras le cogía por un brazo y lo zarandeaba -. Vete. Acuérdate de Dottie y Bill, tus hijos. ¡No te crees problemas! ¡Hazlo por ellos!

Le volví a zarandear con más fuerza. Sin responder, dio media vuelta y se marchó caminando como un beodo. Oyóse su cojeo sobre la plataforma encaminándose hacia las escaleras.

Me volví hacia Appel. Y mientras lo hacía mi mano reposaba en la culata de mi pistola. Acababa de levantarse. Su rostro semejava la máscara de una gárgola. Hizo el gesto de pasar de largo, pero le detuve.

- Olvídalo. Esto no es Chicago - le dije.

Su rostro recuperó una expresión normal tan rápidamente que pensé que había interpretado mal la que había tenido hacia unos instantes. Sus puños ya no estaban en tensión.

- Tienes razón. Eso no es Chicago - dijo.

- Te exponías a esto viniendo. Tú lo sabes bien. El asunto está acabado, a menos que no quieras formular una denuncia por agresión. Y si lo haces...

Sonrió.

- Quizás me exponía a ello viniendo. No, no deseo hacer la denuncia, sheriff. No le quiero hacer ningún daño a tu pequeño Les, si él se aparta de mí y no vuelve a molestarme de ahora en adelante.

Pues sí, fui lo suficientemente loco como para creer en sus palabras. Y suspiré aliviado. Pensé que podría convencer a Les de que se apartara de su camino y que con ello ya tendría solucionada la papeleta. Desde luego, me acordaba de la forma en que Appel siempre había devuelto la pelota en estos casos, pero pensé que eso ocurría cuando aún era un chiquillo. Ahora ya era un hombre y estaba ocupado en asuntos más importantes y más productivos. Además, había admitido estar equivocado.

Incluso llegué a ser tan estúpido como para acompañarlo hasta el hotel, aunque debo citar también que rehusé la invitación para tomar un trago. Oí cómo pedía la mejor habitación que tuviesen.

Al día siguiente, una docena de trabajadores se dirigieron hacia la antigua mansión de los Appel. Carpinteros, pintores, decoradores, jardineros.

Trabajaron durante tres días dejando a punto el lugar. Sus órdenes, me enteré, habían consistido en reparar y restaurarlo todo, aunque sin cambiar nada. Que lo dejaran lo más parecido posible a lo que había sido hacía veinte años cuando él lo dejó. Nunca he podido entender este punto. Una fibra sentimental extraña en un hombre que ni siquiera había asistido al entierro de sus padres.

Pero él había insistido en que se respetasen los mismos muebles, en que se colocasen precisamente donde antes lo habían estado, exceptuando que debían ser reparados y acondicionados.

No, jamás he logrado comprender esa faceta de John Appel, como tampoco la razón por la que se le ocurrió volver ni el tiempo que debió decidir quedarse.

Fui tan loco como para creer que quizás todo ello no significaba más que estaba ya cansado de crímenes y que había vuelto para encontrarse a sí mismo. Le concedí el beneficio de la duda. No teniendo ninguna razón legal para echarle del condado, convertí una necesidad en virtud diciéndome que probablemente lo hacía con la mejor de las intenciones.

Sólo lo vi unas pocas veces y aun por casualidad, antes de que acabase la semana que duró la reparación de la granja de los Appel y trasladadas allí su maletas desde el hotel. No tomó ninguna clase de sirvientes para la casa, pero hizo tratos con una mujer para que fuera tres veces por semana a lavar y a limpiar la casa, diciendo que la cocina era cosa de la que él mismo se ocuparía.

Mientras tanto, naturalmente, yo ya había tenido una charla con Les Willis. Escuchó todo lo que tenía que decirle y me respondió:

- De acuerdo, Barney.

Pero pude darme cuenta de que había cambiado, casi en una noche. Aquella valla que cerraba uno de los compartimientos de su cerebro se había vuelto a derrumbar. Y recordaba. No quiero decir con ello que hubiese olvidado ni por un momento, sino que se las había arreglado para no pensar en ciertas cosas. Ahora, todos aquellos recuerdos volvían a acompañarle.

Dos semanas y cuatro días después de que Appel se apeara del tren, la casa de Les Willis ardió por los cuatro costados.

El fuego debió comenzar a medianoche. Les habla acompañado a Mary a casa de su madre para pasar la velada con ella. Los mellizos cursaban ya estudios superiores y como al día siguiente tenían exámenes finales se habían quedado en casa. Mientras eso sucedía la yegua de los Burton estaba pariendo. Les tenía buena mano con los animales y entendía un poco en veterinaria. Se había quedado a ayudar, y ésa era la razón por la que tanto él como Mary no salieron de su casa hasta pasadas las doce.

Era una noche con una luna esplendorosa. En cuanto su coche enfiló el camino que llevaba a casa de los Burton pudieron ver el resplandor rojizo que se proyectaba en el firmamento.

Desde lejos se dieron cuenta de que se trataba de fuego cercano a su casa, y en seguida volvieron a casa de los Burton para telefonar a los bomberos de la ciudad. Luego, en la quietud de la noche pudieron oír las sirenas por lo que comprendieron que ya lo había hecho alguien.

Les pisó el acelerador hasta el fondo y lo mantuvo allí. Cuando llegaron a casa, los bomberos aún estaban trabajando y de la casa poca cosa quedaba ya.

Había sido un viejo edificio con estructura de madera y ardió como yesca. Los mellizos, Dottie y Bill, siempre habían dormido en unos dormitorios que se



les habían arreglado en el ático. Por lo visto, el humo los había intoxicado mientras dormían y ya nunca más llegaron a despertar.

Llegué allí demasiado tarde.

Chet Harrington, el jefe de los bomberos, me llamó aparte.

- Barney, temo que éste sea un caso para ti. Parece como si este fuego hubiese sido provocado - me dijo.

Y me señalaba un informe pedazo de vela colocado sobre un barril de agua que habla encima de las esquinas de la casa.

- Creo que esto ha sido lo que lo inició - dijo luego -. Alguien pudo salpicar con gasolina esta parte de la casa, que ha sido la que primero ardió, y luego colocar ese pedazo de vela encendida. Fíjate, por lo que queda de esta vela parece como si primero hubiera ardido horizontalmente, pues está quemada por uno de los lados, y luego se hubiera desprendido. Cuando chocó con el suelo, rodó apartándose de la casa...

- ¿Dónde está Les? - le interrumpí.

- Mary se desmayó. Se la han llevado a la ciudad. Supongo que Les estará con ella.

- ¿Vio Les esta vela? ¿Le hablaste de eso, Chet?

Asintió.

- No se la enseñé, pero le vi mirándola con sospecha.

Corrí hacia la gente situada detrás de la valla.

- ¿Se fue Les con Mary a la ciudad?

Al principio recibí respuestas contradictorias. Luego se decidió que Les no había salido en aquel coche. Sin embargo, el coche de Les no estaba allí... Es decir, sí, estaba allí, parado en la carretera. ¿Quién había visto a Les por última vez?

Mientras discutían sobre ello, empecé a correr campo a través hacia la granja de los Appel.

Desde lejos pude ver luz en el primer piso, e intenté correr más de prisa.

Luego vi a Les Willis atravesando el porche, procedente del interior de la casa. El porche estaba en sombras, pero pude reconocerlo por su delgada figura y por su característica forma de cojear. Supe, desde luego, que había matado a Appel, y eso de por sí ya era suficientemente horrible, pero había imaginado que ocurriría de otra forma. Que Appel habría tenido sobre su conciencia otro asesinato en defensa propia.

No, no esperaba ver salir con vida a Les Willis. Bajó del porche saliendo al terreno iluminado por la luna y agarrándose a la barandilla. Comprendí que, en realidad, no estaba vivo. Permaneció agarrado a la barandilla para no caer y comprobé que estaba cubierto de sangre. Pude ver dónde un par de balas, por lo menos, le habían alcanzado. Y con balas en aquellas partes del cuerpo no existía ninguna razón para que continuase con vida. Sin embargo, toda aquella sangre no podía provenir de sus heridas.

- ¡Les! - exclamé, horrorizado.

No hubiese reconocido su voz; tuve que afinar mis oídos para comprender sus palabras.

- No era tan duro de pelar. Murió... demasiado pronto - balbuceó.

Se doblaron sus rodillas y, mientras se encogía lentamente, algo cayó de su mano. Era un cuchillo, la clase de cuchillo empleado para desollar la caza.

Pasaron unos minutos hasta que logré recuperarme lo suficiente como para entrar en la casa y comprobar lo que había en el interior de aquella habitación iluminada.

El entierro de Les fue uno de los más concurridos que se hayan visto en nuestra ciudad, pero únicamente el forense y yo acudimos al otro. Sin embargo, creo que hubiésemos tenido grandes aludes de gente en el entierro de la «Pequeña Manzana Dura de Pelar» si no hubiéramos anunciado que el féretro había sido fuertemente clavado y que así permanecería durante todo el sepelio.

**FIN**

Enviado por Paul Atreides